Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Por qué el Cordero es Manso

Érase una vez un corderito que correteaba alegremente por el prado. El sol radiante y la suave brisa lo hacían muy feliz. Acababa de comer y eso también lo hacía feliz. Era el corderito más feliz del mundo y se creía el corderito más maravilloso.
Un gran sapo se sentó en el suelo y lo observó. Después de un rato el sapo dijo:
—Oh, corderito, ¿cómo te sientes hoy?
El corderito respondió que nunca se había sentido mejor en su vida.
—Aunque te sientas muy fuerte, puedo tirarte al mar — dijo el sapo.
El corderito rio y rio hasta rodar por el suelo.
—Agarra esta cuerda y te mostraré lo fácil que es tirarte al mar —dijo el sapo.
El cordero agarró la cuerda.
Entonces el sapo dijo:
—Por favor, espera un momento mientras tomo distancia. Puedo tirar mejor cuando no estoy demasiado cerca de ti.



El cordero esperó y el sapo bajó dando saltitos hasta el mar. Se subió a un árbol que colgaba de

la orilla y de allí saltó al lomo de la ballena. Ató el extremo de la cuerda alrededor de la ballena y luego llamó al cordero:
—Todo listo. Ahora veremos qué tan fuerte puedes tirar.
Cuando la ballena sintió que el cordero tiraba de la cuerda, se alejó nadando de la orilla. Por mucho que el cordero tirara o por mucha fuerza que ejerciera, no sirvió de nada. Fue arrastrado hasta la orilla del agua con la mayor facilidad.
—Me rindo —dijo el cordero al llegar a la orilla.
Después, aunque el sol seguía brillando como siempre, cualquiera que observara al corderito se daría cuenta de que estaba un poco más manso.
Un día, no mucho después, el sol volvió a brillar con fuerza y el corderito se sintió de nuevo juguetón. Estaba tan contento que se había olvidado de cómo el sapo lo había arrastrado hasta el agua, hasta que el sapo le habló. Entonces se acordó.
—Oh, corderito, ¿cómo te encuentras hoy? —preguntó el sapo. El corderito respondió que se sentía muy bien.
—Hagamos una carrera —dijo el sapo—, creo que puedo ganarte.
—Puede que seas lo suficientemente fuerte como para tirarme al mar —dijo el cordero—, pero seguro que yo puedo correr más rápido que tú. Te he visto brincar por mi prado. No corres nada rápido. Sin embargo, con mucho gusto correré una carrera contigo para demostrarte lo que digo.
El sapo se fijó una meta y le dijo al cordero que le gritara cada poco tiempo durante la carrera para poder

ver cuánto le llevaba de ventaja. Entonces el sapo y el cordero se pusieron en marcha.
Antes de la carrera, el sapo había reunido a todos sus hermanos, hermanas, primos, tíos y tías y los había colocado en distintos puntos del recorrido. Les había dicho que cada vez que alguno de ellos oyera al cordero gritar: "Laculay, laculay, laculay", el sapo que estuviera más cerca le contestara: "Gulugubango, bango lay".
El cordero corrió y corrió tan rápido como pudo. Entonces recordó su promesa y gritó: "Laculay, laculay, laculay". Esperaba oír la respuesta del sapo a gran distancia detrás de él. Se sorprendió mucho al oír a alguien cerca de él responder: "Gulugubango, bango lay". Después de eso corrió más rápido que nunca.
Después de correr un trecho más, el cordero volvió a gritar:
—Laculay, laculay, laculay —y de nuevo oyó la respuesta a poca distancia:
—Gulugubango, bango lay.
Corrió y corrió hasta que su corazoncito latió tan deprisa que parecía que iba a estallar. Por fin llegó a la meta de la carrera que el sapo había fijado y allí estaba sentado el hermano del sapo, que se parecía tanto a él que el cordero no podía distinguirlos. El cordero volvió a su pasto muy manso y tranquilo. Reconoció que le habían ganado en la carrera.
A la mañana siguiente, el sapo le dijo:
—Aunque no has corrido lo suficientemente rápido para ganar la carrera, eres un corredor muy veloz. Le he hablado de ti a la hija del rey y le he dicho que algún

día me verá montado a tu lomo con una rienda en la boca como si fueras mi caballo.
El cordero estaba muy enfadado.
—Tal vez seas lo bastante fuerte como para arrastrarme al mar, y tal vez puedas vencerme cuando corramos una carrera —dijo el cordero—, pero nunca, nunca jamás seré tu caballo.
Pasó el tiempo y el sol brillaba mucho, y la brisa, suave y apacible, era muy dulce. El cordero se sintió tan feliz que olvidó que el sapo lo había arrastrado al mar y que le había ganado la carrera. Cuando un día vio al sapo encorvado y desconsolado, le dio mucha lástima.
—Oh, pobre sapo, ¿estás enfermo? ¿No hay nada que pueda hacer para ayudarte? —preguntó.
El sapo le contó lo enfermo que estaba.
—Hay algo que puedes hacer para ayudarme —le dijo—, pero no creo que seas lo bastante fuerte ni puedas viajar lo suficientemente rápido.
El cordero respiró hondo y sacó pecho.
—Te enseñaré —dijo—. Sólo dime qué es.
El sapo contestó que había prometido estar en una fiesta esa tarde en casa de la hija del rey y que no veía cómo podría llegar hasta allí a menos que alguien lo llevara.
—Súbete a mi espalda —dijo el cordero—. Yo te llevaré.
El sapo se agitó sobre el lomo del cordero después de arrancar, de tal modo que parecía que iba a caerse. Al cabo de un rato, dijo:
—No puedo soportar cabalgar así. Me duele todo. Tendré que bajarme —probó un poco más y temblaba más que

nunca. Entonces siguió diciendo—. ¿Sabes? Creo que podría soportar este doloroso viaje un poco mejor si tan sólo tuviera algo para sujetarme. ¿Te importa si recojo un trozo de hierba y te lo meto en la boca? Puedo agarrarme a eso cuando me sacuda y no me dolerán tanto los puntos doloridos.

El cordero dejó que el sapo le meta un trozo de hierba en su boca.

Al cabo de un rato, el sapo pidió un palito.

—Las moscas y los mosquitos me molestan mucho. Si tuviera un palito podría agitarlo sobre mi cabeza y espantarlos. Es muy malo para alguien en mi condición débil y nerviosa, ser molestado por moscas y mosquitos —el cordero le dio al sapo un palito para que lo agitara sobre su cabeza.

Por fin, el cordero y el sapo se acercaron al palacio del rey. La hija del rey los esperaba asomada a la ventana. El sapo hundió las patas en los costados del cordero, tiró con fuerza del trozo de hierba que tenía en la boca y agitó el palito sobre la cabeza del cordero.

—¡Vamos, caballo! —dijo, y la hija del rey lo oyó. Se rio y se rio, y cuando el resto de la gente del palacio vio llegar al sapo montado en el lomo del cordero y conduciéndolo como un caballo, también rieron. El cordero se fue mansamente a su pasto y desde aquel día hasta hoy cuando se quiere hablar de mansedumbre se dice "manso como un cordero".